

# CÁCERES. PATRIMONIO NATURAL

SALVADOR CALVO MUÑOZ

Algunos más de 90.000 habitantes, según el último censo de población, pueblan la ciudad de Cáceres, capital de la Alta Extremadura y de la provincia del mismo nombre. La ciudad se localiza extendida hacia el norte y hacia el sur sobre dos declives del espigón montañoso que constituye la Sierra de la Mosca, entre las alturas cuarcíticas del lugar conocido como La Montaña y las del llamado La Sierrilla.

Los alrededores de la ciudad configuran, de algún modo, su esencia como población interior y de secano, amenizada hidrológicamente nada más que por corrientes estacionales, en forma de arroyos de mayor o menor caudal, y manantiales que sobreviven, a duras penas, ante la presión del abastecimiento de la población y las nuevas construcciones urbanas. Es el caso del manantial más importante de la ciudad, conocido como Fuente del Rey o del Marco, que drena de forma natural el acuífero cárstico de El Calerizo.

Fue precisamente la existencia de este importante manantial de agua potable, que llegó a suministrar en épocas pasadas un caudal medio de 90 l/sg, la que sin duda determinó el poblamiento prehistórico de estos parajes occidentales. Se conservan cuevas, como la de Maltravieso, El Conejar o Santa Ana, que atestiguan la presencia del hombre desde el Pleistoceno Medio (hace 150.000 años) hasta el Paleolítico Superior (hace 20.000 años).

Y sin duda fue la existencia de esa elevada corriente que brota permanentemente en la Fuente del Marco, dando origen al paraje conocido como Ribera del Marco, la que también determinó la existencia de, por lo menos, dos campamentos romanos en sus inmediaciones: Castra Servilia y Castra Caecilia, el primero de época republicana y el segundo ya en las inmediaciones del Imperio.

Pero sería la colonia romana Norba Caesarina, sita actualmente en la que se conoce como Ciudad Antigua, Intramuros o el Cáceres Monumental, la que daría origen al núcleo poblacional al cual nos referimos. Fundada por Cayo Norbano Flacco en el año 35 a. C. y bajo la protección posterior del cónsul gaditano Lucio Cornelio Balbo. Castra Caecilia fue estación de parada y avituallamiento, o “*mansio*” romana, de la calzada “*Iter ab Emerita Asturicam*”, *Vía Delapidata* o Vía de la Plata como se conoce actualmente, ergo parada y fonda del viejo Camino Mozárabe de Santiago, nuevamente transitado en la actualidad por cientos de peregrinos.

Para entender mejor la situación geoambiental de Norba o de Castra Caecilia, Castris, Qazris (denominación árabe, origen del actual vocablo) leemos a Juan Gil Montes, geólogo y experto investigador del entorno cacereño:

“Los orígenes de la ciudad de Cáceres no pueden desligarse de las características geológicas de la comarca donde se ubica:

- Al norte, el profundo foso del valle del río Tajo, vadeable en Alconéтар.
- Al oeste, el berrocal de Cabeza Araya, con sus canteras graníticas.
- Al sur, el umbral constituido por las Sierras de San Pedro y Montánchez.
- Al este, la extensa penillanura trujillano-cacereña, rica en pastos y en yacimientos argentíferos.

Veamos cada uno de estos cuatro constituyentes.

#### AL NORTE: LOS RIBEROS DEL TAJO Y DEL ALMONTE.

Si desde el santuario de Ntra. Sra. de La Montaña, a un tiro de bala de la romana Norba, actual Cáceres, miramos hacia el norte, contemplaremos el breve llano ondulado por el que discurre el trazado de una de las más antiguas vías de comunicación del oeste peninsular: la Vía de la Plata, la romana *Vía Delapidata* o, como ya hemos dicho, el Camino Mozárabe de Santiago.

Desde la *mansio* “*Castris*” hasta la siguiente *mansio*, “*Turmulus*”, se cuentan apenas veinticinco kms, y es en la romana “*Turmulus*”, hoy Alconéтар, donde las aguas del río Almonte encuentran el cauce de su padre el encajonado río Tajo, el “aurífero Tagus” de los autores romanos. Es el lugar conocido hoy como Vado de Alconéтар, uno de los escasos, y por ende estratégico, puntos vadeables en invierno que ofrece este río angosto y difícil.

El paraje de Alconéтар es histórico, singular y legendario. Hace años el Tajo y Almonte nos ofrecían las posibilidades de una naturaleza feraz y apenas perturbada por la presencia del hombre, pero hoy el paisaje ha cambiado

totalmente, por la inundación sufrida al construirse el Embalse de Alcántara, con la consiguiente pérdida, o el deterioro, de sus valores naturales.

No obstante, fuera ya de las aguas embalsadas, los Riberos del Almonte y del Tajo, apenas a quince minutos de la capital, nos pueden enseñar la diversidad de una flora tal como la miraron los transeúntes y peregrinos que hicieron parada y fonda en su camino hacia el norte: allosos (almendro silvestre), acebuches (olivo silvestre), brezos (*Erica australis*), aulagas (*Genista hirsuta*), jaras (*Cistus ladanifer*), cantuesos (*Lavandula stoechas*), olivos (*Olea europaea*), encinas y carrascas (*Quercus rotundifolia*) y labiérnagos (*Phillyrea angustifolia*), por citar una mínima parte, se conjugan en un bosque tupido, que a veces dificulta el tránsito del esporádico visitante.

Sobre ese sardón heterogéneo de flora autóctona vuelan el águila perdicera (*Hieraaetus fasciatus*), la calzada (*Hieraaetus pennatus*), la culebrera (*Circaetus gallicus*), la imperial (*Aquila adalberti*), el milano real (*Milvus milvus*) y el negro (*Milvus nigran*), el ratonero (*Buteo buteo*), el buitre común (*Gyps fulvus*) y el negro (*Aegypus monachus*), garzas de varios tipos (*Ardea cinerea*), grullas de otoño-invierno (*Grus grus*), la cigüeña común (*Ciconia ciconia*) y la negra (*Ciconia nigra*), y toda suerte de aves de inferior tamaño.

En el sotobosque medra el tejón nocturno (*Meles meles*), caza sin cesar la zorra (*Vulpes vulpes*), se mueven el meloncillo (*Herpestes ichneumon*), la garduña (*Martes foina*), la gineta (*Genetta genetta*), el gato montés (*Felis silvestre*) y especies menudas de todo tipo y condición.

Las frescas sombras de las umbrías del Ribero albergan una riqueza y diversidad de especies cinegéticas de primera categoría. Si en los predios más altos y llanos cría la misteriosa liebre (*Lepus pirenaica*), en los canchos graníticos se reproduce el fértil conejo (*Oryctolagus cuniculus*) y por doquier establece su nidada primaveral la perdiz roja (*Alectoris rufa*) para eclosionar en los meses estivales.

Desde hace algunas décadas es relevante, y muy importante, la presencia en el bosque del ribero del desconsiderado “Sus scrofa”, el suido hispánico de histórico interés cinegético: el jabalí, y en sus dos subespecies: el albar (más grande y claro) y el arocho (más oscuro y magro). Item: desde hace algunos años, y cada vez con más frecuencia, puede observarse, en distintos parajes del lugar que comentamos, la grácil silueta del corzo (*Capreolus capreolus*) el cual, procedente de las alturas de Monfragüe, y de la no muy lejana serranía de Guadalupe, donde tiene su nacimiento el largo cauce del río Almonte. Ni qué decir tiene que el interés cinegético del bello cérvido es de primera categoría.

Al cabo, las aguas del Almonte y del Tajo ofrecen una importantísima variedad piscícola y por ende el interés del pescador deportivo ve en ellas colmadas sus expectativas. Por dejar algún ejemplo, cada año de celebran en el anchuroso escenario del embalse, en Alconétar, multitud de competiciones a las que acuden pescadores de diversas procedencias. A la simple pesca de caña desde la orilla sumamos la espectacular pesca desde embarcaciones velocísimas que cruzan las aguas en pos de especies tan apetecidas como el lucio (*Esox lucius*), el barbo (*Barbus comiza*) o la carpa (*Ciprinus carpio*). Y todo ello, aún y afortunadamente, tal y como una rica naturaleza, libre y sin trabas, nos ofrece.

#### AL OESTE: EL BATOLITO DE CABEZA ARAYA.

Cáceres mira hacia poniente sobre las rocas graníticas del batolito de Cabeza Araya, que se prolonga casi hasta las estribaciones lusas, a través de un escenario de históricos y espectaculares paisajes.

Desde el Arco de la Estrella, puerta de la muralla almohade que circunda la Ciudad Monumental, sale el camino-calzada que lleva a los peregrinos de Santiago por el Puente de Alcántara (Kantara al Seik, Puente de la Espada), para pasar luego la Raya (a Raia) y por tierras de la Beira Baixa portuguesa atraviesa la “*Serra da Estrela*” hasta Viseu, y después Braga (Bracara Augusta), para buscar el norte compostelano.

En las inmediaciones de Cáceres (Norba Caesarina), el Monumento Natural de Los Barruecos, un ejemplo de la acción erosiva de la atmósfera sobre mencionado batolito. Micas, cuarzos y feldespatos del granito ofreciendo en este paraje los caprichos de la naturaleza en sus redondeadas formas erosivas.

A lo largo de esos paisajes berroqueños, los poblamientos y las huellas de la Historia se suceden. Por todo el escenario los afloramientos del berrocal y como formando parte indisoluble de él, los yacimientos calcolíticos, las villas y cementerios romanos, con sus prensas de aceite y sus sepulcros antropomorfos. Otras veces, hallazgos casuales de figuras orientalizantes, como las que dejaron escondidas en Aliseda aquellos comerciantes fenicios que vinieron en la antigüedad en pos de la casiterita del batolito, para obtener el estaño y luego el bronce. En Arroyo de la Luz, Navas del Madroño, Garrovillas, Brozas y Alcántara, encontramos palacios, casas solariegas, monumentos sacros, singulares ermitas.

Del batolito y su realidad cacereña, la Historia con mayúscula: junto al Puente de la Espada la Orden de Alcántara, Frey Nicolás de Ovando, virrey de Indias, y junto a la espada, la cruz: San Pedro de Alcántara, ejemplo de ascética renacentista hispana.

## AL SUR: LAS SIERRAS DE MONTÁNCHÉZ Y DE SAN PEDRO.

Estribaciones de los Montes de Toledo. Desde cualquier atalaya de la ciudad, con vistas al sur, pueden contemplarse nítida y perfectamente las siluetas de ambas formaciones serranas. Apenas cuatro o cinco leguas de llano separan las cuarcitas de la Sierra de la Mosca de las susodichas de San Pedro y las formaciones graníticas de Montánchez.

En el ámbito de la Sierra de Montánchez la huella árabe y visigoda: el castillo roquero y Santa Lucía del Trampal. Y el vino: Alcuéscar. Pero además, el de Montánchez, acompañado por la esencia del sabor y la calidad de los productos cárnicos emblemáticos de la dehesa.

En el llano cacereño hasta las sierras, la encina, los pastos, la ganadería y el amplio espacio donde se alternan las duras heladas invernales y los altos chajuanes de verano. Al cabo, si la Sierra de Montánchez al sur- sureste, la Sierra de San Pedro va hacia poniente buscando las lindes portuguesas.

Decir Sierra de San Pedro es decir dólmenes y sobre todo umbrías y solanas de monte bajo y de alcornos: el mundo de la caza. Barzal de jaras, zarzas, labiérnagos y galaperos. Es Sierra de San Pedro el paraíso de la modalidad ibérica por excelencia de la caza mayor: la montería.

Por sus sopiés y cuchillas huyen el venado (*Cervus elaphus*) y el jabalí (*Sus scrofa*), y también el muflón (*Ovis musimon*), el gamo (*Dama dama*) y esporádicamente, algún penúltimo representante del mítico lobo hispánico (*Canis lupus*).

Sierra de San Pedro es zona especial para la protección de las aves (ZEPA). En su espacio cruzan garzas y grullas y toda suerte de especies ya citadas. La riqueza ornitológica está fuera de cualquier duda, y además es enclave donde el racional ejercicio de caza y conservación ha propiciado la existencia de especies emblemáticas: el dicho lobo hispánico y el lince (*Lynx pardina*).

Una naturaleza feraz y un método racional de explotación sostenible han conseguido que Cáceres, cada temporada cinegética, otoño-invernal, sea punto de partida de cientos de cazadores que, provenientes de diversos puntos del planeta, se acercan a participar en la montería española.

## ESTE: LA PENILLANURA TRUJILLANO-CACEREÑA

En realidad, los Llanos de Cáceres. Desde el nordeste hasta el sur-sureste, se extiende un amplísima llanura erosiva, o penillanura, que enlaza con las también tierras llanas del término de la histórica ciudad de Trujillo. Son

casi sesenta mil hectáreas declaradas Z.E.P.A. desde 1989. Algunos núcleos urbanos la limitan: Torreorgaz, Torrequemada, Torremocha y alguno, Sierra de Fuentes, está inmerso por completo en este espacio característico.

Una llanura de altura media 425 m, originada por erosión en la era Secundaria y posteriormente elevada durante la era Terciaria, con el consiguiente encajonamiento de sus cursos fluviales, subsidiarios del Tajo por su margen izquierda: arroyos o riveras y algún río: Almonte, Tamuja, Salor, Guadiloba Desde las crestas cuarcíticas de la Sierra de la Mosca (El Risco) contemplamos los Llanos de Cáceres. Y, por doquier, las duras formaciones pizarrosas tan características, que reciben la singular denominación de “dientes de perro”.

Tierras de escasos suelos y de menguados cultivos cerealísticos, pero de selectos pastos que alimentan a los rebaños de merinas, y que producen alimentos lácteos de primerísima categoría (las tortas).

Vegetación arbórea de condición escuálida. Los árboles son esporádicos testigos y recuerdo de un desaparecido bosque mediterráneo. Pespuntean el amplio panorama y los lisos horizontes algunas encinas, algún alcornoque, u olivo, o tal vez el solitario eucalipto; pero, si año de aguas, medra el heterogéneo matorral de retamas, tomillos y cantuesos o de cientos de especies arbustivas.

El aprovechamiento mixto agrícola-ganadero declina desde hace algunas décadas, y la merina (antiguo esplendor de La Mesta) va siendo sustituida por la más fácil de cuidados y más rentable ganadería vacuna.

En los Llanos de Cáceres una intrincada urdimbre de vida menor se agita en las horas crepusculares: lagartijas, culebras de todo tipo, especies cinegéticas menores (liebres, conejos y perdices), amén de contumaces predadores como la zorra, la gineta, el meloncillo o la garduña.

Llegamos, por fin, al amplio vuelo de la fauna volátil de la penillanura esteparia. Rapaces de todo tipo, infinidad de cigüeñas, tórtolas, torcaces, limícolas e insectívoras de toda especie, tamaño y color. Amén de la joya faunística por excelencia de la llanura: las aves esteparias: Alcaravanes (*Burinus oedicnemus*), gangas (*Pterocles alchata*), ortegas (*Pterocles orientalis*), sisones (*Tetrax tetrax*), y la majestad del llano solitario: la avutarda (*Otis tarda*). Los Llanos de Cáceres albergan uno de los núcleos más importantes de avutardas no sólo de la Península Ibérica, sino de todo el mundo. Obviamente la avutarda es especie casi exclusivamente peninsular, con muy escasa representación en alguna otra geografía. Y dentro de la Península, como decimos, la población de los Llanos es una de las más importantes y significativa.



Al fin y a la postre, en medio de este escenario, relatado con apuradas notas y respaldos, el Cáceres Monumental, la Ciudad Antigua, el Cáceres Moderno y el contraste entre una ciudad hodierna de 90.000 habitantes y una ciudadela amurallada que refleja, asombrosamente, distintas etapas de la historia de su poblamiento.

#### EPÍLOGO: CÁCERES, LA URBE.

Extramuros: Avenidas, barriadas, urbanizaciones, como las de cualquier ciudad con todos los aditamentos característicos de un núcleo urbano del siglo XX-XXI. Y extramuros también, huellas del pasado sacro, civil, histórico en suma: Santiago de los Caballeros, cuna de la Orden de los Caballeros del Espada, el Conventual de San Francisco, claustro de piedad y misericordia y hoy Centro de Congresos, San Juan Ovejero, en el camino mismo del paso de los pastores de La Mesta, etc.

Intramuros. Más de veinte torres circundaron la muralla de Castris-Qazris: Torre de Bujaco, de los Púlpitos, del Horno, de La Yerba, del Aver, Ochavada, de los Pozos, etc. Adarves como el de la Estrella, el de Santa Ana, el del Padre Rosalio. Casas fuertes como la de los Solís, los Rivera, la de la Generala, las de los Golfines de Arriba y de Abajo, etc. Templos como San Mateo, San Pablo, la Preciosa Sangre o la Concatedral de Santa María. Centros culturales como la Casa de los Caballos (Museo de Arte Contemporáneo), el Museo Histórico Provincial, sobre uno de los aljibes árabes más importantes y mejor conservado de España; archivos como el de Documentos de Indias en la casa de Canilleros, Archivo Histórico Provincial en el Palacio de Moctezuma, la Biblioteca Zamora Vicente, etc.

Y, por doquier, en cualquier esquina de casa o torre, sobre un alero o saliente, las sempiternas cigüeñas, el vuelo incesante de palomas zuritas y bravías, el revoloteo sin fin de chovas, grajas, grajillas, cernícalos y fauna menor volátil como gorriones morunos, herrerillos o petirrojos, por dar un ejemplo de variedad.

Desde Cáceres intramuros, amurallado con el tapial almohade del siglo XXII, el Qazris agareno, se proyecta una ciudad de futuro hacia los cuatro puntos cardinales, las cuatro circunstancias que propiciaron su razón de ser y, al fin y al cabo, su origen.